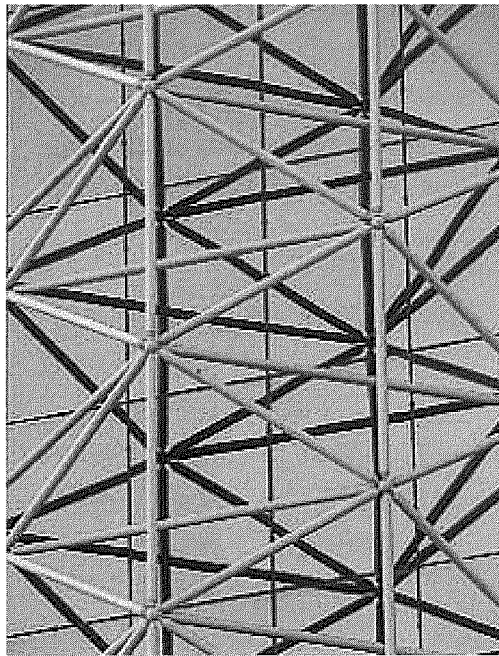


VIGENCIA DE LA UNIVERSIDAD HUMANISTA EN EL SIGLO XXI

Carlos Julio Cuartas Chacón



*Lectura Inaugural en la Facultad de Ciencias Sociales de la Pontificia Universidad Javeriana,
a cargo del Ingeniero Carlos Julio Cuartas Chacón¹, el 20 de febrero del 2001.*

¹ Decano del Medio Universitario de la Facultad de Artes y Miembro del Consejo Directivo de la Pontificia Universidad Javeriana. Ingeniero Civil (1976), M.Sc. (1981), Profesor de la Facultad de Ingeniería, fue su Decano Académico.

NO SÉ SI ALGUNO DE USTEDES CONOCE LA SENSACIÓN DE SALTAR AL VACÍO, TAN POPULAR ENTRE LA JUVENTUD DE NUESTROS DÍAS, AMIGA DE LOS LLAMADOS deportes extremos o de alto riesgo. Con un paracaídas a sus espaldas que deberá abrirse unos momentos después o colgados de un parapente que deberá ser sostenido por desconocidas corrientes de aire, jóvenes de todas las edades cambian la seguridad por el peligro. No conozco esa sensación y creo que la imaginación se queda corta en su propuesta. Conozco sí la que me causa asomarme a un precipicio y contemplar el vacío que llama. Pues bien, creo yo que algo semejante sentimos cuando nos asomamos a un puñado de páginas en blanco que debemos sustituir por páginas escritas dentro de un plazo determinado, lo mismo que cuando nos enfrentamos a un puñado de minutos de silencio que como ahora, empiezan a contar, y debemos sustituir por minutos conversados.

Hace pocas semanas una llamada telefónica me acercó de nuevo al abismo. Querían los Decanos de la Facultad de Ciencias Sociales, en decisión generosa que agradezco profundamente, que a mi cargo estuviera la lectura inaugural correspondiente al primer semestre de este año. ¡Palabras mayores! La obligante invitación, no menos provocadora, puso a prueba mi osadía y heme aquí, en esta tarde de lluvia y de concierto, frente a Ustedes, de cara al inmenso valle que nos abrió el siglo XXI, colgado simplemente de mi voz y de estas hojas, puesta mi confianza en que el paracaídas se abrirá

y no faltará viento al parapente para que así el recorrido que apenas iniciamos nos sea grato y enriquecedor.

Una vez aceptada la invitación, surgió la pregunta, de qué podría hablarles a los hombres y mujeres de Universidad que han fijado su mirada en las Ciencias Sociales y que están reunidos en esta Facultad tan cercana a mis afectos, que fuera la del inolvidable Marino², hombre de sentimientos y de letras, amigo fiel del Principito y compañero andante del Quijote, Maestro que cautivó a discípulos en las aulas y los templos, jesuita que hace diez años marchó a la eternidad. De qué podría hablarles un Ingeniero que aprendió sus primeras letras junto al río Combeima en el Tolima, la tierra de Castilla y de Fallon, y que años después haría su maestría junto al río Clyde en Escocia, la tierra de Burns, el poeta labrador del siglo XVIII, autor de los versos que cantamos en tristes despedidas³; de qué podrá hablarles el Decano del Medio Universitario en Artes que fue Decano Académico en Ingeniería, que estudió Aguas Negras y hoy es catedrático de Historia, que fue secretario y redactor en el Ministerio de Salud del proyecto de ley sobre manejo de basuras, y en nuestra Universidad, diez años después, del Proyecto Educativo. De qué

² Marino Troncoso, S.J. (1945-1991), fue Profesor y Director del Departamento de Literatura de la Pontificia Universidad Javeriana.

³ En sus versos *Auld Lang Syne* (corresponde a la expresión *old long ago*, "hace muchísimo tiempo"), el poeta nacional de Escocia pregunta "¿Vamos a olvidar a los viejos amigos y los días de los tiempos pasados?", en: *Escocia*, Océano Grupo Editorial, S.A., Barcelona, 1999, p. 204.

podría hablarles a Ustedes, estudiantes y profesores de las Ciencias Sociales, un hombre que a pesar de no ser un buen lector, ama los libros y las frases célebres, le apasiona escribir y a la Historia consagra sus desvelos; de qué podría hablarles un enano como yo que no duda en treparse sobre los hombros de gigantes para mirar más allá y no perder de vista el faro de la libertad que se levanta en el horizonte.

Sí, territorio de humanismo es la Universidad, porque es el humanismo, que no la ciencia o el arte, la fe o la tecnología, es lo que sirve de guía, de pivote, al quehacer de una universidad como la nuestra.

Al repasar los hitos de un itinerario aparentemente y en realidad errático como el mío, no puedo dejar de recordar el diálogo de don Lino de Pombo con su hijo recién graduado de Ingeniero Civil⁴: "Vamos, Rafael, veo que eres ingeniero sin obras y sin vocación para el oficio. Te gustan todas las artes: la pintura, la música y la poesía. Semejante dispersión de actividades me parece sencillamente detestable. Tú no serás nada en ningún campo, ni ideal ni práctico. Decídetes por ser algo de provecho". El joven y novel ingeniero, Rafael Pombo, de apenas 18 años de edad, enfrentó a su padre, un hombre que a sus 54 años era célebre y respetable en la Nueva Granada,

⁴ Orjuela, Héctor H. *Biografía y Bibliografía de Rafael Pombo*. Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 1965 (Serie Bibliográfica V), p. 17.

confesándole su “inclinación” por la poesía, a lo que el desconcertado papá, Ingeniero y profesor universitario, no tuvo más que resignarse y dictar sentencia: “Pues poeta serás aunque después te pese”. Vivir para ver no pudo Don Lino, fallecido en 1862. Ese hijo sin futuro, que sería recibido en 1872 en la Academia Colombiana de la Lengua y elegido poco después, su Secretario Perpetuo, coronado como poeta nacional en 1905 y proclamado a su muerte como “gloria de las letras colombianas”, que sería considerado como el mejor fabulista de Colombia, ese hijo logró desvirtuar la triste predicción de su padre y “ser algo de provecho”.

Humanismo y Universidad

Pues bien, hecha esta referencia al distinguido colega que tantas horas gratas nos ha deparado a todos, con la que sólo deseo señalar que, como él, he sido yo un Ingeniero Civil, “rebelde a su oficio”⁵, retomo y respondo la pregunta ¿de qué puedo hablarles? De lo que nos es común, de lo que nos une en la cotidianidad: de la Universidad, territorio de humanismo y de lo que es más caro al ser humano, la libertad; de la Universidad, territorio habitado por los sabios, que como en el Olimpo de los Dioses, los hay mayores y menores, iguales todos en su afán y limitación, su deseo y posibilidad, frente al aprendizaje. Sí, territorio de humanismo es la Universidad, porque es el humanismo,

que no la ciencia o el arte, la fe o la tecnología, lo que sirve de guía, de pivote, al quehacer de una universidad como la nuestra. Del “servicio a la comunidad humana y la instauración de una sociedad más civilizada, más culta y más justa” nos hablan los Estatutos⁶ de la Javeriana al señalar sus objetivos, presupuesto que hace suyo nuestro Gran Canciller al afirmar en reciente alocución⁷ que “todo centro jesuita de enseñanza superior está llamado a vivir *dentro* de una realidad social, a iluminarla con la inteligencia universitaria, a emplear todo el peso de la universidad para transformarla”.

El Humanismo en el siglo XXI debe ser el talante inconfundible de nuestro quehacer universitario.

Si por humanismo, más allá de la dedicación a los estudios clásicos, según el uso del término establecido especialmente en Italia a finales del siglo XV⁸, entendemos cualquier corriente de pensamiento “que considere como fundamento la naturaleza humana o los límites y los intereses del hombre”, según

lo indica Abbagnano⁹, la Javeriana, que propone al ser humano como “fin de la Universidad” y que en él “reconoce el sentido y finalidad de la Ciencia”¹⁰, hace opción por el humanismo frente al materialismo que reduce el hombre o la mujer a un simple objeto del desarrollo, es decir, al hombre-PIB que un economista podría simplemente graficar, al hombre-voto que un político podría contar, al hombre-genoma que un científico podría manipular, al hombre-noticia que un periodista podría editar, al hombre-cuerpo que un publicista podría idolatrar. “Todos los bienes de la tierra, -nos recordó en 1965 el Concilio Vaticano II¹¹-, deben ordenarse en función del hombre, centro y cima de todos ellos”.

En un texto sobre la Pedagogía Ignaciana, el Padre Peter-Hans Kolvenbach, General de los jesuitas y Gran Canciller de nuestra Universidad, luego de advertir cómo “el mundo se nos muestra dividido, roto en pedazos”, pregunta por el significado de “la educación humanística”¹². En su respuesta afirma el Padre General que “una sensibilidad dirigida hacia la

⁹ Abbagnano, Incola. *Diccionario de Filosofía* (1961), Fondo de Cultura Económica, México, 1992, p. 630.

¹⁰ Pontificia Universidad Javeriana. *Misión y Proyecto Educativo*, Bogotá, 1992, Proyecto Educativo, num. 43, p. 17.

¹¹ Concilio Vaticano II. *Constituciones, Decretos, Declaraciones y Documentos Pontificios complementarios*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1965, p. 223.

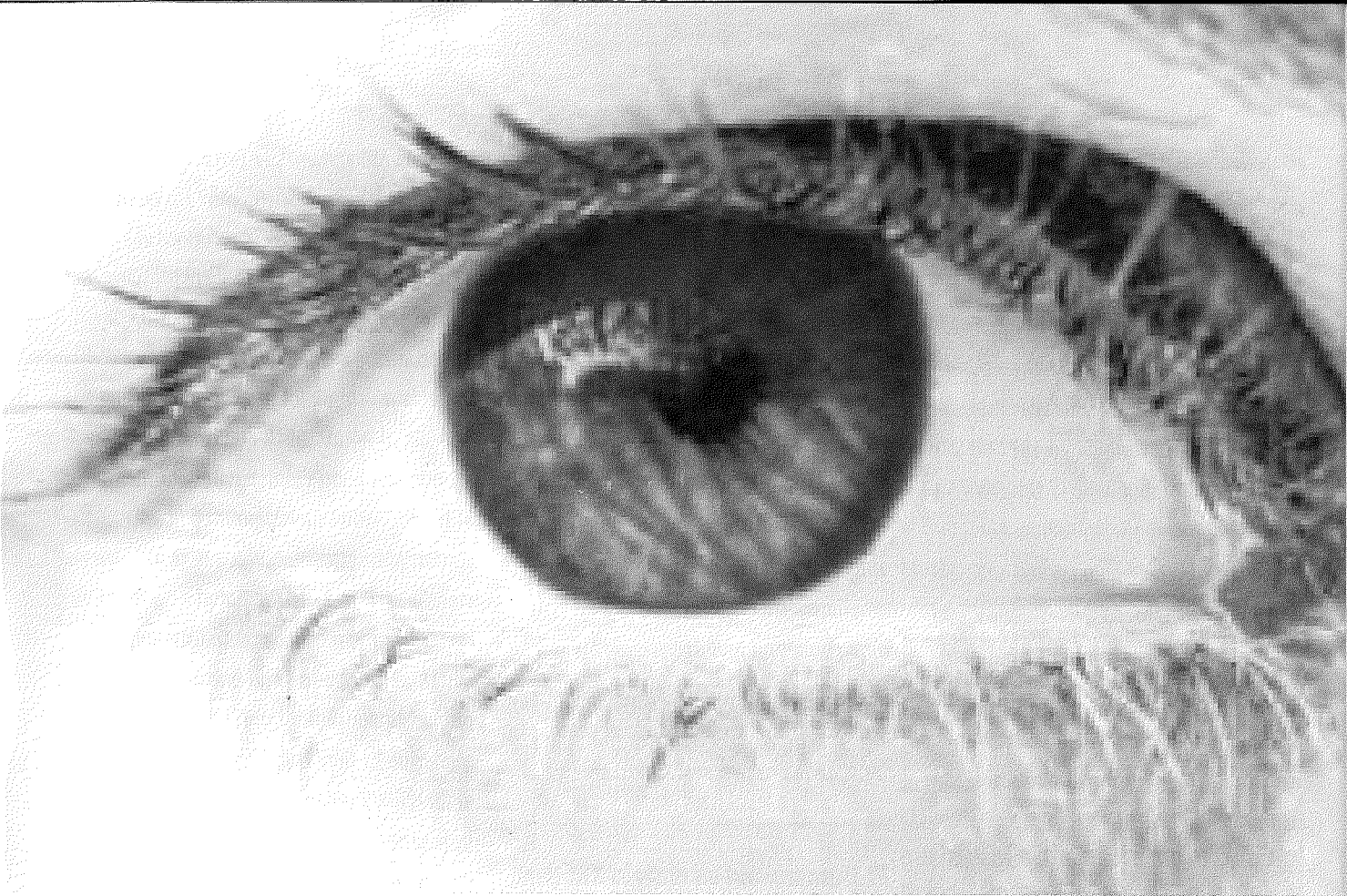
¹² Kolvenbach, S.J. Peter-Hans. «La Pedagogía Ignaciana hoy» (1993), en *Orientaciones Universitarias* No. 11, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, 1995, p. 172.

⁶ Pontificia Universidad Javeriana. *Estatutos* (1978), Bogotá, 1993, num. 5, p.12.

⁷ Kolvenbach, S.J. Peter-Hans. «El servicio de la Fe y la promoción de la Justicia en la Educación Superior universitaria de la Compañía de Jesús de Estados Unidos» (Discurso en la Universidad de Santa Clara (Ca.), octubre de 2000), en *Orientaciones Universitarias*, No. 29, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, 2001, p. 90.

⁸ Garzanti, Editore, S.P.A. *Enciclopedia de Filosofía* (1981), Ediciones B., S.A., Barcelona, 1992, p. 454.

⁵ *Ibidem*.



miseria y explotación de los hombres no es simplemente una doctrina política o un sistema económico. Es un humanismo, una sensibilidad humana...” y destaca a renglón seguido que “el humanismo cristiano de finales del siglo XX incluye necesariamente el humanismo social. El servicio a la fe y la promoción de la justicia, que ello lleva consigo, es el fundamento del humanismo cristiano contemporáneo.” Atrás quedan entonces los días en que la idea de humanismo cristiano se refería especialmente a la relación de nuestra fe con la Poética, las Bellas Artes y la Literatura, tema de buena parte de ese clásico publicado por Chateaubriand hace 200 años, “El Genio del Cristianismo”.

Manuel Briceño Jáuregui, figura sobresaliente entre los jesuitas del siglo XX, discípulo que hizo honor a su maestro, ese gran humanista que fue el Padre Félix Restrepo¹³, advertía hace unos años que “hoy el cientificismo y la tecnología ocupan el puesto que las Humanidades tenían hasta el siglo XVIII. El hombre, sin embargo, -advertía el Padre Briceño-, debe aprender a desarrollar sus cualidades esenciales, a ser hombre y vivir como tal, que es el objeto del Humanismo”¹⁴, es decir, añadiría yo, a aprender a ser humano.

¹³ Félix Restrepo, S.J. (1887-1965), fue Rector de la Pontificia Universidad Javeriana y Director de la Academia Colombiana de la Lengua.

¹⁴ Briceño, S.J., Manuel. «La prelección como elemento metodológico en la enseñanza de las Humanidades en los colegios jesuíticos neogranadinos (s. XVII-XVIII)», en: Del Rey, S.J., José y otros, *La Pedagogía Jesuítica en Venezuela 1628-1767*, Universidad Católica del Táchira, San Cristóbal, 1991, Tomo II, p. 592.

El Humanismo en el siglo XXI debe ser, a mi juicio, el talante inconfundible de nuestro quehacer universitario. Ahora bien, no se trata de asegurar una referencia nostálgica a las llamadas «Humanidades» y abrirles en gesto generoso y no carente de resignación, espacio en los currículos de las carreras consideradas no humanistas, como la Ingeniería, por ejemplo. Se da por supuesto que quien se dedica al estudio de las Letras y las Artes, de la Filosofía y la Teología, aquellos que supuestamente se han librado del imperio de la Ciencia y la Tecnología, no necesitan ser «humanizados», humanizarse, preocuparse por su ser humano. El término «humanización», que hemos asociado recientemente casi con exclusividad a la guerra y al conflicto,

también lo hemos tenido que utilizar en el campo educativo. Se ha hablado, por ejemplo, de «humanizar» los Ingenieros porque pareciera que su formación profesional los deshumaniza. También podríamos hablar de humanizar las aulas, humanizar la Universidad lo cual es un absurdo porque si de algo ella debe saber y dar testimonio es de humanismo.

El P. Pedro Arrupe¹⁵, quien precedió al Padre Kolvenbach en el cargo de General formuló el siguiente planteamiento: “¿Qué es humanizar el mundo sino ponerlo al servicio de la humanidad? El egoísta no sólo no humaniza la creación material sino que deshumaniza a las mismas personas. Las transforma en

cosas al dominarlas, explotarlas y apropiarse el fruto de su trabajo. Lo trágico es que, al hacerlo, el egoísta se deshumaniza a sí mismo. Se somete a las posesiones que ambiciona; se hace su esclavo, deja de ser persona con dominio de sí y se convierte en no-persona, una cosa gobernada por sus ciegos deseos y sus objetivos”¹⁶.

Estas afirmaciones nos obligan a pensar en el problema de “la instrumentalización del ser humano”, señalado en la Misión de nuestra Universidad¹⁷ y que con facilidad podemos referir al medio externo. Sin

¹⁶ Arrupe, S.J., Pedro, citado por Kolvenbach, S.J., Peter-Hans, «La Pedagogía...», p. 178

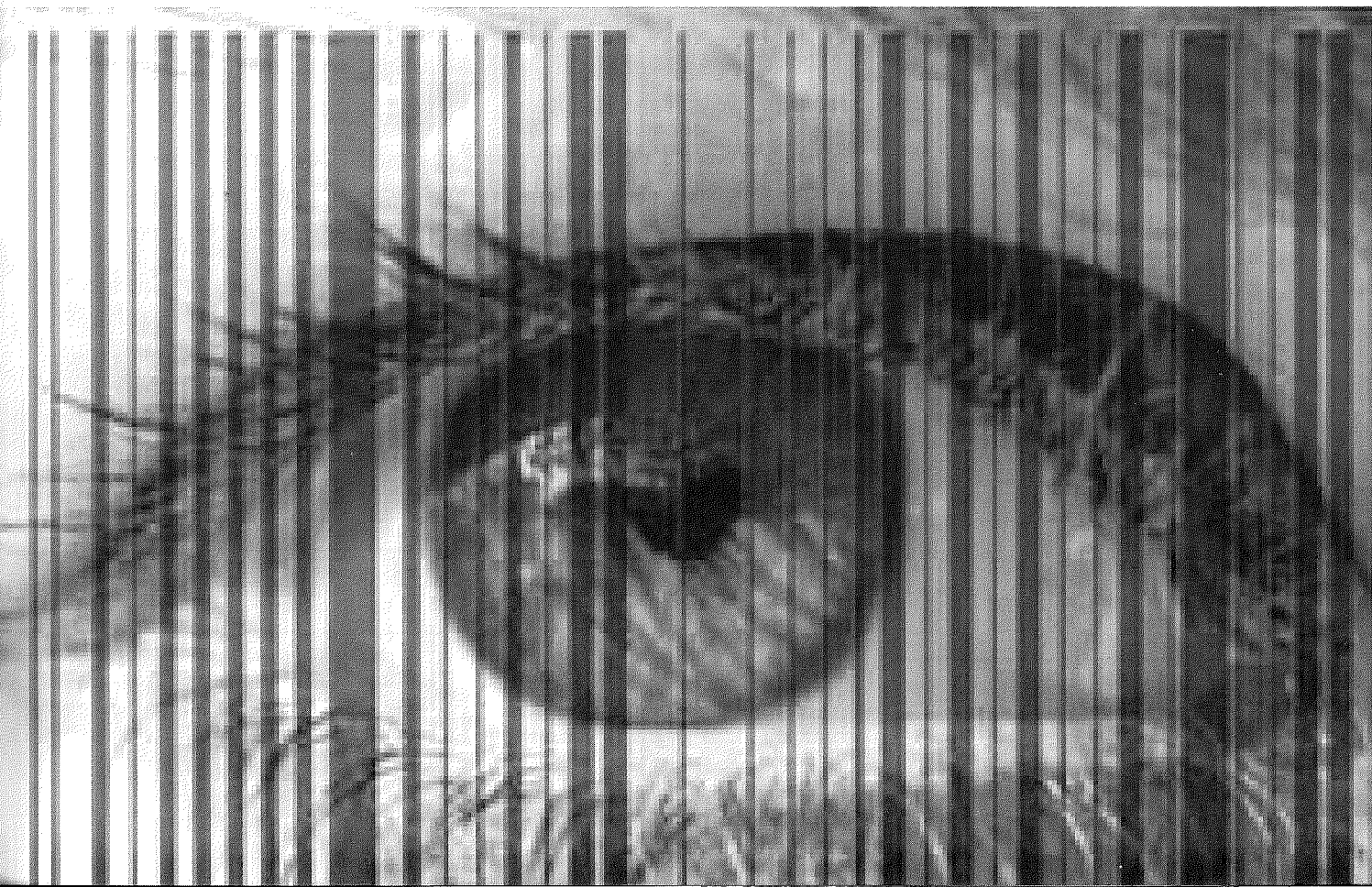
¹⁷ Pontificia Universidad Javeriana. *Misión y Proyecto Educativo*, Bogotá, 1992, Misión, p.7.

embargo, ¿no instrumentaliza el Profesor que induce a sus alumnos hacia actividades que lo benefician a él, que responden a su vanidad y colman sus propios intereses, sin considerar en modo alguno los de los alumnos que están allí para aprender? En el mismo sentido, ¿no instrumentaliza el jefe o directivo al ignorar las funciones y la circunstancia de sus subalternos para concentrarse solamente en su propia responsabilidad, las metas y los resultados que él ha de mostrar?

¡Sabios y Humanistas!

Ahora bien, ese humanismo que defendemos, esa instrumentalización del ser humano que rechazamos, debemos «subjeterarla», si se me permite el

¹⁵ Pedro Arrupe, S.J. (1907-1991), fue General de los jesuitas (1965-1983).



neologismo. No humanizan las humanidades, humanizan los humanistas, esos hombres y mujeres concretos, con identidad, que en la Universidad o fuera de ella, se comprometen con el ser humano, con sus necesidades e intereses, con su desarrollo y progreso, con su bienestar, con sus sueños e ilusiones.

¡Hablemos entonces de humanistas! Hace poco me llamó la atención una página de una edición de la Apología de Sócrates¹⁸ en la que el traductor advierte sobre el significado de la palabra «sabio». En este diálogo pone Platón en palabras del acusado Sócrates el siguiente comentario: “En tales indagaciones, oh, atenienses, se me han presentado muchas enemistades, tan malvadas y peligrosas, que han dado lugar a muchas calumnias, tales como el ser llamado sabio”¹⁹. Es decir, Sócrates consideró una calumnia, una ofensa, de cierta manera, y no un elogio, como lo haríamos nosotros, “el ser llamado sabio”.

Pues bien, anota el traductor de la edición que menciono, al pie de la página de dicha cita, que “en esta época [sabio] significaba corromper a la juventud con nuevas ideas del mundo en las que se incluyen el ateísmo, la impiedad, la falsedad, la nueva política, etc.”. El mismo Sócrates, líneas adelante, aclara que “los jóvenes que me siguen...

¹⁸ Platón. *Diálogos*. Trad. de María Juana Ribas, Sarpe, Madrid, 1983.

¹⁹ *Ibidem*, p.31.

se divierten al escuchar mis interrogatorios, tratando de imitarme muchas veces, al intentar interrogar a los demás. Encuentran a muchos que creen saber algo, y en verdad saben muy poco o nada. Entonces, no se indignan contra sí mismos, sino contra mí, y dicen que Sócrates es repugnante y corrompe a la juventud”²⁰.

No humanizan las humanidades, humanizan los humanistas, esos hombres y mujeres concretos, con identidad, que en la Universidad o fuera de ella, se comprometen con el ser humano, con sus necesidades e intereses, con su desarrollo y progreso, con su bienestar, con sus sueños e ilusiones.

No sé si sería la primera vez que a un Maestro, al hombre que enseña a pensar y a cuestionar, se le acusa de corrupción; si sé que no fue la última. Para los poderosos siempre será un corruptor, es decir, un perturbador de la tranquilidad pública o un destructor de la perfección pretendida, un agitador indeseable, aquel que además de pensar y cuestionar, incite a otros, especialmente a los jóvenes, a pensar y cuestionar. Sale a escena la eterna lucha entre el poder y la autoridad, lucha que tanto temor causa entre quienes abundan en lo primero y carecen de la segunda, lucha que no es ajena a la vida universitaria en su interior y en su relación con el entorno.

²⁰ *Ibidem*, p.32.

La universidad, espacio por excelencia para la pregunta, donde pensar y cuestionar, son razón y ser de la Educación Superior, se hace peligrosa e indeseable en los regímenes totalitarios. Dictadores y tiranos encuentran en sus aulas un foco de perturbación del pretendido orden que por la fuerza, no precisamente de sus argumentos, quieren establecer y mantener en una nación. El testimonio de los jesuitas universitarios en El Salvador es contundente. Su Rector, Ignacio Ellacuría siempre vio en la Universidad “una fuerza social”²¹. Al cardenal Newman oí decir en ese clásico que es su obra autobiográfica, que “los movimientos vivos no nacen de comités, ni las grandes ideas se sacan adelante a base de cartas [correo], por muy baratas [estampillado] que sean... Las Universidades, -afirma el querido Rector-, son centros naturales de movimientos intelectuales”²², y si no lo son, yo añadiría con respeto, no son verdaderas universidades. Newman se pregunta “cómo, independientemente de su impronta o celo, podrían actuar conjuntamente personas diversas, a no ser porque se unieran en una especie de individualidad [cuerpo]?” y aclara que no se trata de compartir un lugar sino unos «antecedentes», es decir, “una historia común, recuerdos comunes, el contacto [interacción] de una mente con

²¹ Ellacuría, S.J., Ignacio, citado por Kolvenbach, S.J. Peter-Hans, «El servicio...», p. 90.

²² Newman, John Henry Cardenal. *Apología Pro Vita Sua. Historia de mis ideas religiosas* (1864). Trad. Y notas de Víctor García Ruiz y José Morales, Ediciones Encuentro, Madrid, 1996, p. 67.

otra en el pasado y un progreso y aumento en esa interacción en el presente”. Estas frases de Newman que destacan la tarea del historiador y la perspectiva histórica que debe tener quien no lo es, me hacen pensar en esa insistencia sobre la creación de una Comunidad Educativa en nuestra universidad, sobre “la base de los valores y las opciones compartidas”²³, que se hace evidente en lo que somos hoy y hemos venido siendo.

No podemos dejar de analizar si nuestras universidades son verdaderos “centros de movimientos intelectuales”, donde los argumentos sean lo sustancial, donde los alumnos sean verdaderos protagonistas de la vida universitaria, donde se formen legiones de hombres y mujeres que transformarán la sociedad, en lugar de unirse a esas castas de funcionarios públicos que han saqueado las arcas del Estado. Me impresionó el Padre General en su alocución en Santa Clara cuando afirmó que una de las universidades de la Compañía de Jesús en el Medio Oriente, “con muy santos jesuitas al frente”, aclara el Padre, “estaba produciendo... algunos de los ciudadanos más corruptos de la ciudad”²⁴.

Ahora bien, si las universidades deben ser “centros de movimientos intelectuales”, los hombres y mujeres de universidad deberían ser unos intelectuales. He aquí

otra hermosa expresión, que a lo largo del tiempo ha cambiado en significación: el intelectual, ese actor social identificado con el escritor, un “hombre de letras”, también “hombre de cultura, hombre de ideas”²⁵, que por lo general está llamado a “disentir, a pensar distintamente”²⁶. Sí, en los intelectuales, como el poeta inglés Shelley, expulsado de la Universidad de Oxford pocos meses después de su ingreso, encontramos esos “rebeldes, impugnadores, antagonistas, transgresivos, en resumen disidentes por vocación, y en ciertos casos abiertamente subversivos, revolucionarios”, de los que habla Tomás Maldonado en su obra “¿Qué es un intelectual?”.

En la Universidad se debe tener siempre presente la advertencia del Concilio Vaticano II²⁷: “Si pensar es una gran cosa, pensar ante todo es un deber; desgraciado de aquel que cierra voluntariamente los ojos a la luz. Pensar también es una responsabilidad...”. Ahora bien, en la Colombia de nuestros días, un país de exclusión²⁸, en el que no se permite disentir, pensar es un peligro. El disidente, sea cual fuere el contexto, es indeseable y hay que eliminarlo. ¡Así de sencillo!

El término «intelectual» tiene que superar en las universidades la referencia casi exclusiva a la producción que se evalúa en los hombres y mujeres que constituimos el cuerpo profesoral, asunto secundario enmarcado por puntos, escalafones y bonificaciones. A pensar nos invita el Proyecto Educativo Javeriano. Humanistas, sabios e intelectuales, que no sofistas ni funcionarios, se necesitan hoy por hoy para evitar que en las universidades se sustituya el pensamiento por la administración, las ideas por los datos, la formación por la información. Sólo de esta manera pueden germinar los movimientos intelectuales que dan legitimidad a una Universidad, que la renuevan como fuerza social y crean condiciones de posibilidad para que pueda influir con eficacia en la transformación de un país.

Humanistas, sabios e intelectuales, que no sofistas ni funcionarios, se necesitan hoy por hoy para evitar que en las universidades se sustituya el pensamiento por la administración, las ideas por los datos, la formación por la información.

Permítame que ahora acuda a una corriente distinta de aire y cambie de dirección en este recorrido, pues no quisiera que nos perdiéramos de una aproximación diferente al tema. Hace pocos días me hice a un disco compacto que recoge obras extraordinarias compuestas para violín, el instrumento que interpretaron Jefferson, el político;

²³ Pontificia Universidad Javeriana. *Misión...*, Proyecto Educativo, num. 50, p.18.

²⁴ Kolvenbach, S.J. Peter-Hans. «El servicio...», p. 78.

²⁵ Maldonado, Tomás. *¿Qué es un intelectual? Aventuras y desventuras de un rol*. Ediciones Paidós Ibérica, S.A., Barcelona, 1998, p. 23.

²⁶ *Ibidem*, p. 27.

²⁷ Concilio Vaticano II. *Constituciones...*, p.733.

²⁸ Esta expresión, que aprendí del P. Francisco De Roux, S.J., apareció recientemente en una entrevista a Fernando Isaza (Credencial 171, febrero 2001).

Newman, el creyente; y Einstein, el científico; si bien, hombres de ciencia y universidad, ante todo, humanistas los tres. Al llegar a la casa y abrir la pequeña caja, esa sensación grata que precede al escuchar por primera vez la música que entra a formar parte del dominio personal, esa sensación se acentuó al encontrar en el impreso el retrato que Ingres, el pintor francés de los años napoleónicos, había hecho de su contemporáneo Paganini, el célebre virtuoso violinista. ¿De dónde acá tanta emoción?

La memoria, arma poderosa que a su paso siembra por igual alegrías y tristezas, devolvió mi pensamiento a esos meses vividos en 1999 a orillas del Potomac, me llevó de nuevo a esos días cortos de domingo en los que las horas transcurrían en la Galería de Arte. En esa imponente edificación visité varias veces la exposición "Retratos hechos por Ingres, Imagen de una época", en la que óleos de gran formato compartían el espacio junto a un numeroso grupo de carbones de menor tamaño. Entre éstos me llamó mucho la atención el retrato de Paganini que nos presenta al músico con su instrumento al cinto: el violín, tomado por el cuello en su mano izquierda y colocado bajo el brazo derecho, y el arco, en la otra mano, que como pistilo y estambre de una misma flor esperan con ansiedad unirse en acto de genial creación.

Soledad y Silencio

Pero no es a Washington ni a la riqueza que guarda como santuario del arte a

dónde dirijo mis palabras, tampoco a Paganini ni a Ingres, sino a la profunda soledad que enfrenté en esos días de silencio, que también la memoria guarda celosamente. Por una parte, la ausencia de la familia y los amigos, de los compañeros de universidad que en la cotidianidad de la vida alimentan mi imaginación y desafían mis efímeras certezas, y por otra, la ausencia de mi idioma, me privaron de interlocutores legítimos, si así se les puede llamar. No es igual el diálogo que se da entre personas unidas por el afecto y la lengua materna, que aquel que podemos establecer en tierra extraña, con extraños, por más doctos y amigables que sean, separados, unos más que otros, por la barrera del idioma. A mis años, pude apreciar aún más el valor de los seres queridos y en especial, el del habla hispana, heredada de mis padres y maestros, y aprecié también, por oposición, la dificultad, especialmente en la fonética, de ese idioma, con inatajables pretensiones de universalidad, que se hace necesario, no sólo para acercarnos al mundo tecnológico, sino para permitirnos establecer un diálogo directo, sin la mediación de traductores, en particular con los grandes del universo anglo-estadounidense.

El mundo de las palabras, sonidos y grafía codificados de manera convencional para crear sentido y hacer posible la interlocución, tal como sucede en este momento, también permite crear obras maravillosas, no en óleo o carbón,

ni en acetatos que ayer leían agujas de diamante y hoy, los rayos láser, sino obras en prosa o verso que perduran colgadas en las páginas de un libro disciplinadamente formado en las filas de una biblioteca. Estas obras nos exigen un saber previo, el idioma que nos habilita para hacer lectura de lo que está escrito y de lo que es oído, un *software* adquirido casi sin costo y sin conciencia, *taken for granted* dirían en inglés, que nos permite decodificar grafía y sonidos, convertirlos en ideas e imágenes y hacerlos comprensibles. Pensemos por un instante en la sensación que nos puede causar abrir un periódico japonés o árabe, o sintonizar un noticiero radial en la India. No se trata de evaluar si nos gusta, si nos causa placer, legítima pretensión del visitante de la galería de arte o del asistente a un concierto. Mas bien, la sensación que nos causa ese periódico o noticiero es de impotencia, de ignorancia, de carencia. La vista y el oído necesariamente deben estar armados, y no en poca medida, para enfrentar airoso situaciones como la descrita. Y todavía más si cambiamos de papel, porque si del receptor que es el lector o el oyente, pasamos al del emisor, que es el que escribe o habla, las armas requeridas son de mayor sofisticación. Aunque no ignoro el saber previo que a veces se nos exige también en el mundo del arte, especialmente frente a obras contemporáneas, en este campo tiene cabida el juicio sencillo y espontáneo del espectador que ve y oye: a él o a ella, le gusta o no esa pieza musical, le parece bonita o no esa escultura. En asunto de

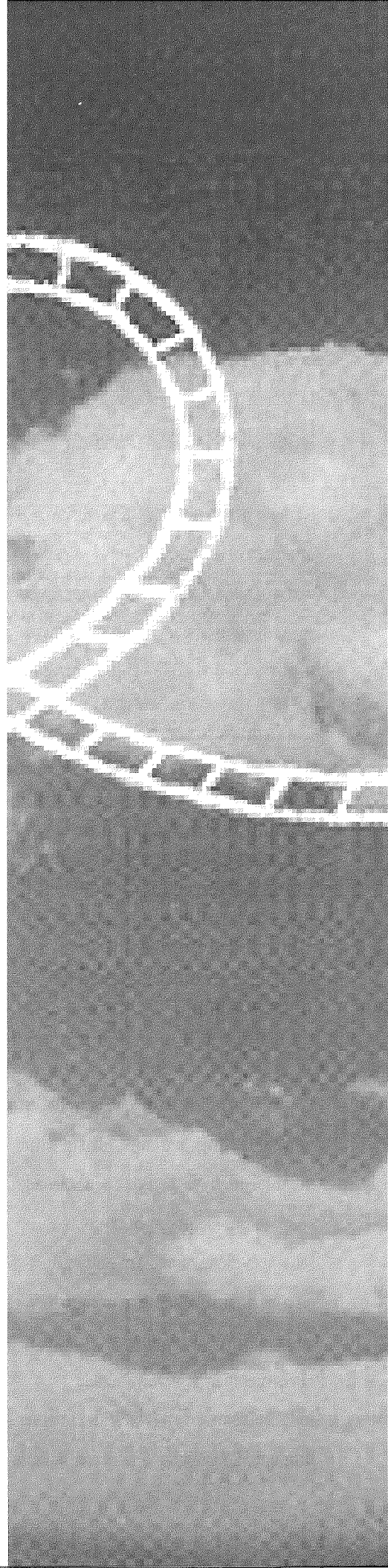
idiomas es distinto: el saber es ante todo herramienta, luego, gozo.

Precisamente la formación humanística²⁹, en la que ha insistido desde sus orígenes la educación de los jesuitas, que contempla de alguna manera el *trivium* y el *quadrivium*, “elementos básicos de tal educación”, apunta a que el alumno logre un cierto dominio en el lenguaje, es decir, que esté armado de tal forma que salga bien librado en el arte de pensar y expresarse. “El uso correcto de la lengua, la elegancia en el sermón y la lógica en la discusión”, me explicaba el Padre Alberto Gutiérrez, S.J., son las tres habilidades que deben procurar respectivamente la Gramática, la Retórica y la Dialéctica³⁰, integrantes del *trivium*. Esta era la vía de tres carriles que hacía parte del “sistema de *artes liberales*, así llamadas las que tienen por base el sentimiento, la inteligencia y la inspiración, ocupaciones propias de los hombres libres, en oposición a las [artes] manuales, serviles, oficios de los esclavos”, según explicación del Padre Briceño³¹. Si bien era otra la circunstancia de esta oposición entre hombres libres y esclavos, no pierde vigencia el concepto implícito: el dominio del lenguaje, por cierto, asunto

²⁹ Briceño, S.J., Manuel. «La preelección...», p. 591.

³⁰ Cuartas Chacón, Carlos Julio. *La Voz de un Decano*, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, 1991, p. 195.

³¹ Briceño, S.J., Manuel. «La preelección...», p. 591.



de mínimo interés en la educación actual, nos hace más libres en la medida en que gana libertad, rompe cadenas y amplía sus fronteras el pensamiento que de otra forma permanecería atrapado en el interior del ser humano. Así la mano creadora del hombre, que empuña el lápiz y el pincel, el cincel y el arco, que se le mide al teclado de un piano, y hoy por hoy, al de un computador, sigue el ejemplo maravilloso de Dios creador, arquitecto y poeta, dicen unos, ingeniero, digo yo, que un día decidió tomar en las suyas el compás para crear los primeros trazos del mundo que habitamos.

Si creemos en la necesidad de “reivindicar los derechos contra las amenazas sobre la persona humana que tienen su origen en la organización económica y social o en el desarrollo de la técnica”, la Universidad Humanista se convierte en una exigencia de nuestro tiempo.

Pues bien, la limitación que enfrenté en una ciudad angloparlante, hizo que un hombre amigo y defensor de la soledad, como lo he sido por opción propia y sentencia ajena, apreciara más esa circunstancia que tanto temor produce en la mayoría de hombres y mujeres, y que sin embargo, se haya ligada indisolublemente a la naturaleza del ser humano. De Ortega y Gasset aprendí que

“la vida humana *sensu stricto* por ser intransferible resulta que es esencialmente *soledad, radical soledad*”³².

Sí, en Washington conocí mejor la soledad, compañera y cómplice de tantas horas, indeseable a ratos, mejoré mi relación con ella, no por resignación de quien se rinde ante lo inmutable, sino por enfrentamiento creativo ante una realidad rica en oportunidades diferentes. Junto a ella fortalecí mi relación con los amigos muertos, esos que viven en los libros, que esperan sin afán manos y miradas de hombres vivos que los devuelvan, aunque por unos minutos, a la vida, esa relación que en cierta forma suple aquellas que, en ocasiones, causan tanta tristeza y desencanto, y llegan a lastimar un corazón. Precisamente, uno de mis amigos muertos, Thomas Jefferson, cuando contaba con 43 años, felizmente casado 14 años antes y desdichadamente viudo desde hacía 4, transcribió en una hermosa carta el diálogo que pudo escuchar entre la Cabeza y el Corazón³³: “El arte de la vida, - advierte la Cabeza-, es el arte de evitar el dolor; y el mejor piloto es quien

navega más lejos de las rocas y bajíos. El placer está siempre por delante de nosotros; mas la mala fortuna está a nuestro lado; corriendo tras el primero, la segunda nos detiene. La forma más eficaz de asegurarnos contra el dolor es retirarnos a nuestro interior y conformarnos con nuestra propia felicidad. El hombre sabio no confiará en más placeres que los dependientes de él mismo; pues nada que pueda quitársenos es realmente nuestro. De ahí, -concluía la Cabeza-, el valor inestimable de los placeres intelectuales.” En esta forma, Jefferson asocia al hombre sabio los placeres intelectuales.

A la soledad se llega, pues, de diversas maneras, no sólo por el silencio que nos impone la limitación del idioma. Aunque esta barrera no exista, la soledad se puede hacer presente y entonces es aún más dolorosa. Ahora bien, silencio y soledad conforman un binomio peligroso que impide la interlocución y en consecuencia, reduce nuestro propio proceso de humanización, pues como afirma Fernando Savater³⁴, “nadie llega a convertirse en humano si está solo: nos hacemos humanos los unos a los otros. Nuestra humanidad nos la han «contagiado»: ¡es una enfermedad mortal que nunca hubiéramos

³² Ortega y Gasset, José. *El Hombre y la Gente* (1957), Alianza Editorial, S.A., Madrid, 1994, p. 53.

³³ Jefferson, Thomas (1743-1826). *Autobiografía y otros escritos*, Koch, Adrienne y Peden, William (ed.), Editorial Tecnos, S.A., Madrid, 1987, p.424.

³⁴ Savater, Fernando. *Las preguntas de la vida*, Editorial Ariel, S.A., Barcelona, 1999, pp.193-4.

desarrollado si no fuera por la proximidad de nuestros semejantes!” Describe este intelectual español cómo, no sólo la palabra es agente transmisor de esa infección, sino también la **mirada**, que busca y capta el recién nacido, para salir de esa “insignificancia natural” y hacerse “humanamente significativo”. Advierte sin embargo Savater que “no seríamos lo que somos **sin** los otros pero nos cuesta ser **con** los otros”, pues como él mismo anota “la convivencia social nunca resulta indolora”. Jefferson lo sabía.

Pues bien, en su reflexión Savater señala que “**humanizar** de forma plena” es la finalidad fundamental de la actividad educativa”³⁵. Y tal es el sentido de mi afirmación sobre la vigencia de la Universidad Humanista en el siglo XXI, signado por una abundancia en lo tecnológico, que fascina, y a la vez marcado por una aterradora deficiencia en lo social, que demuestran al mismo tiempo el triunfo y el fracaso del proceso de civilización. Si creemos en la necesidad de “reivindicar los derechos contra las amenazas sobre la persona humana que tienen su origen en la organización económica y social o en el desarrollo de la técnica”³⁶, la Universidad

Humanista se convierte en una exigencia de nuestro tiempo.

En Colombia, un país profundamente enfermo, que amenaza ruina o cataclismo, porque durante décadas ha sido sembrado de pólvora, no sólo por una clase subversiva que en buena medida brilla por la carencia de ideales y la apelación a la barbarie, sino también por una clase dirigente que en gran número, al perder principios y escrúpulos, ha propiciado la situación de grave injusticia que hoy vivimos; en un país donde la libertad, bandera y destino del ser humano, no se asienta en un derecho respetado por los conciudadanos, sino en supuestos actos humanitarios de los delincuentes o en costosas transacciones, el auténtico humanismo se hace urgente.

Es ese ser humano, atrapado de tan diversas maneras en la tragedia nacional, el que debe permanecer en la mira de nuestra tarea universitaria. Hombres y mujeres de universidad, conscientes de su privilegio y responsabilidad, bien armados, no sólo para poder pensar y expresarse, sino también para dialogar; hombres y mujeres que no se queden atrapados en las lenguas muertas ni se refugien en los placeres intelectuales ni en la soledad,

sino que se atrevan a sentir con los otros y se decidan a actuar en su favor, esos hombres y mujeres serán capaces de dar vigencia hoy, en la aurora del siglo XXI, a la Universidad Humanista³⁷.

³⁷ Para profundizar sobre el tema del Humanismo se pueden consultar los siguientes textos:

Buckley, S.J., Michael. *The Catholic University as Promise and Project*, Georgetown University Press, Washington, D.C., 1998 (The Search for a New Humanism: The University and the concern for Justice).

Illanes, José Luis. *Historia y Sentido – Estudios de Teología de la Historia*. Ediciones Rialp, S.A., Madrid, 1997 (II Parte: Humanismo y Época Moderna).

Sánchez Gil, S.J., M. *Deontología de Ingenieros y Directivos de Empresa*, Aguilar, Madrid, 1960 (Cap. I: Humanismo y Técnica).

Maritain, Jacques. *Humanismo Integral* (1936), Ediciones Lohlé-Lumen, Buenos Aires, 1996.

De Lubac, Henri. *El Drama del Humanismo Ateo* (1944), Ediciones y Publicaciones Españolas, S.A., Madrid, 1949 (El sacerdocio de los sabios).

³⁵ *Ibidem*, p. 25.

³⁶ Garzanti, Editore, S.P.A. *Enciclopedia de Filosofía* (1981), Ediciones B., S.A., Barcelona, 1992, p.455.

